

## AÑORANZAS

Dedicado a mi amigo el  
Coronel Sicardo.

Por: Roberto H. Todd

Aquel dilecto escritor, verdadero caballero de la raza, de la raza que ayudó a Colón a descubrir un mundo, y que en vida se llamó don José Pérez Lozada, nos deleitó con las exquisiteces de su pluma y su intelecto, en una serie de crónicas que eran más bien lienzos del solar, llenas de color local, intituladas "Del San Juan que yo Amo". El tema era el eterno ~~tema~~ de las añoranzas de un alma sensible al recordar los lugares de la población de San Juan, donde había sido feliz, aunque sólo hubiera sido por unas pocas horas.

Nos ha hecho recordar a ese desaparecido amigo, una nota simpática que últimamente hemos oído por la radio, por nuestro buen amigo el Coronel Sicardo. Sicardo rememora todos aquellos sitios antiguos de su ciudad natal, que él visitaba cuando joven, y siente la natural añoranza de los años idos, de cuando él era mozo; y ahora, con un libro amable, bajo el brazo, se conforma con sentarse en la plaza a meditar y a contemplar el ir y venir de esas olas, que parecen ser las mismas que él contemplaba en su niñez, y que en efecto lo <sup>mientras,</sup> ~~son,~~ dejando la contemplación, de cuando en vez, lee trozos del Antiguo Testamento.

Aunque Sicardo no nos lo dice, sospechamos que el sitio escogido para sus meditaciones, es aquel que queda frente a "Peña Parada", en Puerta de Tierra, al norte de donde se encuentra hoy el Capitolio Insular. Aunque pertenecemos a una generación anterior a la del amigo Coronel Sicardo, cuando fuimos mozos, íbamos también a Peña Parada, en unión de otros jóvenes de nuestra edad, a bañarnos en la hermosa poza que había entonces ahí en ese lugar, y,

como Sicardo, nos sucede que cada vez que pasamos por aquel sitio, y es a diario, añoramos los ya muy idos hermosos días de nuestra juventud<sup>ya</sup> por eso nos damos cuenta de lo que sucede al querido amigo Sicardo, por lo que nos sucede a nosotros. El paisaje es el mismo, nada ha variado, y sin que lo queramos admitir, los que hemos variado somos nosotros.

Al Coronel Sicardo debe pasarle lo que a nosotros cuando nos echamos a andar, a recorrer a pie y despacio, sin prisa, las muy conocidas calles del viejo San Juan. Caminamos por esas antiguas calles tratando de revivir aquellos días ya lejanos de nuestra florida juventud cuando apenas contábamos 15 o 16 años de edad. Por aquellos tiempos las calles no tenían el moderno pavimento de ahora. Estaban empedradas con cantos rodados que llamábamos "chinos", y en el centro de las calles, lucían unas lozas de piedra blanca por sobre las que discurría el torrente de agua cuando llovía, y de noche, a lá media noche en punto, las aguas sucias y mal olientes que arrojaban de todas las casas y zaguanes. No gozábamos aún del sistema de alcantarillado que vino muchos años después.

Hemos escogido hoy para nuestra caminata, la Calle de San José, partiendo de la esquina de la de San Francisco. Conocemos bien esta esquina y sus contornos, pues en los bajos del edificio de la Diputación Provincial, ocupado hoy por la Colecturía de Rentas Internas, estaban las oficinas de la Lotería, en las que estuvimos empleados por algunos años y subíamos y bajábamos varias veces al día la referida calle San José en nuestros viajes desde nuestra casa en la Calle del Sol. Comenzando nuestro recorrido, nos detenemos para mirar la casa de la esquina sureste, marcada con el número 13 y aseguramos que, fuera de que en la actualidad hay una café bastante

lujoso en los bajos, donde hace medio siglo había una pulpería, el inmueble es en sí el mismo que existía antes, pues sus dueños le han dado poca atención. Existe la misma escalera falta de comodidad que había antes. Dos casas más adelante se encuentra una de las más viejas de la Capital, la marcada con el número 17, de dos plantas y medio, cuyo amplio zaguán está convertido hoy en un Bar y a ambos lados hay establecimientos comerciales. Tiene esta casa dos entresuelos <sup>con antepechos,</sup> y creemos que en todo San Juan no hay más que dos o tres entresuelos, y el piso superior tiene un largo y amplio balcón. En este piso superior fué donde se instaló en el año de 1871 la primera Diputación Provincial, bajo la presidencia de aquel gran puertorriqueño que se llamó don José Severo Quiñones. Más tarde, en los años de nuestra juventud, ocupaba ese piso la familia de don Augusto de Cottés. Llegamos luego a la casa de la esquina, de dos plantas cuya única reforma ha sido un empañetado de las paredes, tanto de la que da a la Calle de San José como a la de la Luna.

Viene ahora la casa que está en la otra esquina de Luna y San José, la que se llamaba antiguamente de los dos zaguanes, no porque hubiese tales zaguanes, sino porque la entrada consistía en dos puertas que aún existen, para conducir a un sinnúmero de cuartitos en un patio grande. La escalera que conduce primero a un entresuelo y luego al piso superior, queda en medio de las dos puertas de entrada. En ese zaguán, siempre hubo y sigue habiendo, puestos de frutas del país, ventas de chicharrones, morcillas, etcétera. En el piso superior, estuvo en años pasados, una Academia dirigida por un cura filipino, quién tenía un empleo en Catedral; y a bien seguro que si el tal cura volviése a la vida, no echaría nada de menos al contemplar la fachada de la casa, pues es la misma de hace más de medio siglo.

En nuestra caminata de sur a norte de esta Calle de San José, que nos lleva a la de San Sebastián y donde termina la calle, a uno y a otro lado, los zaguanes, los ventorrillos y algunas pulperías con honrosas excepciones, se encuentran hoy iguales y como estaban en aquellos lejanos tiempos; sucias, llenos de basura y visitados por perros sarnosos.

Nos hemos detenido muchas veces en el corto trayecto, primero para contemplar la vieja casa de dos plantas situada en ~~ex~~ la esquina suroeste de Luna y San José, en cuya planta superior vivía, allá en nuestras mocedades, la familia del Capitán Medina, cuya esposa, doña Rafaela, era la líder de la sociedad capitalina en aquellos tiempos. Tenía este matrimonio tres hijas guapísimas, que no perdieron el tiempo, uniéndose en matrimonio, una con un viejo Magistrado de la Audiencia Territorial, que representaba ser más anciano que su suegro; otra casó con un Ingeniero Civil, alto empleado del Gobierno, y la tercera ~~no sabemos~~ con quién. Recordamos una humorada de doña Rafaela cuando llegó a puerto el vapor que conducía desde España al Capitán General don Segundo de La Portilla - a quien el pueblo apodó "Balsamo Tranquilo" - porque a todo el que venía a quejarse de algo le decía: "Váyase tranquilo". Parece que el matrimonio Medina había tenido amistad con La Portilla allá en la Península, y por eso las niñas de este matrimonio, vestidas con trajes de marineras, bogaron como si fueran marineros de verdad, la falúa en que desembarcó el referido General. Eso fué un acontecimiento social del que se habló por mucho tiempo, en aquella época tranquila, apacible que carecía de las distracciones y diversiones actuales y tenía que conformarse con esa clase de acontecimiento para <sup>pasar</sup> el rato.

Seguimos contemplando las venerables fachadas de las casas de esta

*San de hca*

calle y nos parece como que los dueños de ellas no han desaparecido del interior desde hace más de medio siglo. Y es lo que dirían ellos si pudieran hacer oír sus voces: "No es culpa nuestra de que esa estantigua de Roberto Todd ande todavía por el mundo, cuando ya está pasado de que lo hagan liar el petate".

La casa de la familia Berrocal, es otra de las viejas de San Juan. Es de dos plantas, amplia, con ancho zaguán y cómoda escalera, y con un extenso patio, que queda en la esquina de Sol y San José. En ella estuvo instalada por mucho tiempo la Corte Municipal en sus secciones primera y segunda. Esta casa, además de los balcones que tiene por la Calle de San José, tiene siete antepechos o balconcitos en la del Sol, lo cual dice de la amplitud de la casa.

La que queda frente a ésta, es otra venerable por sus años. Es de tres piso con balcones de hierro. En el piso principal, en mis mocedades, vivía la familia de Gutiérrez del Arroyo, emparentada con el Dr. <sup>Fernando</sup> Nuñez. También habitaba uno de los pisos superiores un matrimonio distinguido. El era Magistrado de la Audiencia, ya de edad madura, y ella era una cubana joven, guapísima y casquivana que, mientras el viejo marido estaba en Sala impartiendo justicia, ella se pasaba las horas en el balcón de su casa haciendo señas con las manos a un joven abogado de apellido Cajigas, que ocupaba el mirador de la casa de la familia Medina. ¿Que cómo lo sabemos? Pues porque vivíamos en aquel vecindario y los veía desde mi casa, ya que ellos no se enteraban de que todo el mundo los observaba.

Seguimos en nuestro paseo de observación <sup>y</sup> al llegar a la calle San Sebastián donde termina San José, nos detuvimos contemplando la fachada del

edificio donde desde el año de 1880, era ocupado por las ancianas desamparadas al cuidado del Municipio de San Juan y que fué inaugurado siendo Alcalde de la ciudad, el Lcdo. José Ramón Becerra. Esta institución estaba dirigida y administrada por las Hermanas de la Caridad, y debemos decir, en justicia, que durante los largos años en que fuimos Alcalde, no podíamos comprender cómo con tan pocos recursos <sup>que se le asignaban a la institución,</sup> aquellas Hermanas siempre encontraban lo suficiente para atender a sesenta y setenta y cinco pobres ancianas asiladas en aquel establecimiento.

No podemos menos, en honor de esas dignas Hermanas de la Caridad, que consignar que cuando el ciclón de San Felipe del año de 1928, que tanto daño causó a los pobres habitantes del Barrio de la Perla, en donde familias enteras quedaron a la intemperie y algunas sufrieron golpes y heridas, éstas buenas Hermanas de la Caridad tuvieron la bondad, a solicitud del Alcalde, de acoger a todos esos desgraciados en el Asilo, atendiéndolos hasta que el Municipio pudo quitarles la carga de encima. Recordamos este hecho fuimos testigos de la noble acción de estas buenas mujeres, que por una compensación muy modesta, sirven a la comunidad y en casos como el que acabamos de mencionar son heroínas anónimas que pasan desapercibidas, sin que nadie les prodigue bombos y platillos en los periódicos.

Hoy ya no está destinado el edificio de las Ancianas Desamparadas a esos caritativos menesteres y no sabemos qué es lo que aloja el viejo caserón. Tampoco está ahora en manos de la ciudad el antiguo edificio de la Plaza de Mercado, y los letreros en las paredes exteriores nos dicen que allí se alojan los almacenes de la Comisaría Militar, en inglés "Quarter Master".